SEGUNDA PARTE, EN LA QUE SE PROSIGUE
la historia del Rey Casimiro de Irlanda, la Princesa Enriqueta su hija, y los dos Principes sus pretendientes.

Pues prometí à mi auditorio,
que en esta segunda parte
remataria la historia,
atencion, pues que ya saben,
que dexé casado al Conde
de Barcelona arrogante
Sigismundo con Rosaura;
que era hija del Almirante,
teniendo tambien gustosos
un hermosisimo infante,
cuyo nombre es Filisberto,
siendo en hermosura un Angel.
Dexémoslos entre dichas
gozando felicidades,
y vamos à Irlanda, donde
de su Princesa tan grande
era el dolor y la pena,
que no bastan à aliviarle
ni músicas ni festines,
saráos, toros ni bayles,
antes se aumentan sus penas,
al paso que la persuaden;
y de su engaño llevada,
contra el Conde tanto esparce
sus iras, que busca modos
con que pudiese vengarse.
Fingió en efecto una carta
del Rey de Irlanda su padre,
en que al Conde le decia,
que à su reyno luego pase,
que ha menester su persona
para una consulta grande.
El Conde recibe el pliego,
y luego al instante hace
prevenciones muy costosas,
disponiendo su viage.
Llevó consigo à su esposa,
y al hermosisimo infante
quiso llevar, y estorvólo
el amor del Almirante
su abuelo, no permitiendo
que Filisberto se embarque,
porque el corazon leal
anuncia fatalidades.
Llegó en fin el Conde à Irlanda,
gozoso de su viage,
donde fue bien recibido
del Rey y todos sus grandes,
admirando de Rosaura
su belleza y prendas grandes.
Llévanlo en fin à palacio,
donde la Princesa sale,
y asi que vido à Rosaura,
parece que en fuego arde,
y el corazon sofocado
no tuvo fuerzas bastantes
para resistir la llama
que dentro su pecho arde,
y de un fatal accidente
cayó rendida al instante.
Alborotóse la corte,
las señoras y los grandes:
lleváronla al fin al lecho,
y con medicinas grandes,
con bebidas y reparos,
que sábios médicos hacen,
bolvió en si; mas tan confusa,
y con ansias tan mortales,
que puso temor su vida
à todos los circunstantes.
Mandó que se fuesen todos,
y que quede el Rey su padre,
que à solas quiere decirle
la causa de sus pesares.

A

A los dos los dexan solos,
y enternecido su padre
le dice: querida hija,
qué dolores te combaten?
qué pena à tu corazon
tanto aflige, que nos hace
à todos temer tu vida?
dímela, que en breve instante,
aunque sea un imposible,
vencerá mi amor constante.
Ella responde: señor,
escuchame como padre,
no me escuches como Rey,
que tu mucho amor me hace,
confiada en tu cariño,
que contigo me declàre.
El Conde, señor, el Conde
de Barcelona inconstante,
quando en Irlanda aquel tiempo
era tu segundo atlante,
con la palabra de esposo
gozó entre felicidades
mi casto honor, desluciendo
mis pundonores reales:
huyó el traydor tanta deuda,
y ahora por mas pesares
ha buelto à Irlanda casado:
esta pena me combate;
no siendo el Conde mi esposo,
no tienen vado mis males.
Esto dixo, y Casimiro
quedó en confusion notable;
no le responde à su hija,
sino del quarto se sale,
sin saber lo que le pasa;
pero con prudencia grande
dos ancianos consejeros
suyos llamó, y les dió parte
de su pena y su dolor,
pidiendo le aconsejasen.
Despues de varios juicios
lo que de consulta sale,
es que en su quarto al momento
al Conde le aprisionasen;
y el Rey le escriba una carta,
diciendo razones tales:
si matais, Conde, à Rosaura,
os coronareis triunfante;
si no, serán las dos vidas
de mis rigores exàmen:
y pues no ignorais la causa,
aquesto que os digo baste.
Executóse lo dicho,
leyó el Conde sus pesares,
miraba à su dulce esposa
y en lágrimas se de-hace.
Y viendo Rosaura al Conde
entre congoxas tan grandes,
le dice: dueño y señor,
qué tristezas te combaten?
qué pena pudo alterar
tu corazon de diamante?
Viendo que no le responde,
al punto el papel léase:
leyó los breves renglones,
y sin que se demudase,
le dice: dueño querido,
no entendí yo que alterase
vuestro altivo corazon
cosa que tan poco vale.
No digo yo aquesta vida,
pero porque os coronasen,
dos mil vidas que tuviera,
las diera luego al instante.
É hincándose de rodillas,
le dice: qué aguardas? pasé
esa espada aqueste pecho,
y vive en felicidades;
goce la Princesa hermosa
vuestros cariños afables.
Ay Filisberto del alma,
quién bastará à consolarte!
en el corazon te llevo.
Y estando en aqueste lance,
lle-
llegó la guardia del Rey,
con orden de que llevasen
à Rosarua, y la vistiesen
en trage de hombre al instante,
y en una pequeña barca
à las olas la entregasen,
sin velas, timon, ni xarcia,
porque las ondas triunfasen
de aquella inocente vida:
rigor en estremo grande!
Y el Conde sobresaltado
de tan crueles azares,
con un mortal accidente
en tierra cayó al instante.
Asi estuvo doce horas,
bolvió en sí, mas con tan grande
frenesí, que no bastaron
las medicinas suaves.
En fin, tenido por loco,
era irrision por las calles
de toda la injusta plebe,
siendo su tema constante:
yo no gocé à la Princesa;
mal muera quien lo tal hace
Dexémoslo en su desdicha,
mientras que paso à dar parte
de que Rosaura en la barca,
sin temer à los combates
de las olas ni los vientos,
surca los salóbres mares.
Por disposicion divina
permitió Dios, que llegase
à unas riberas, adonde
andaba á caza arrogante
el gran Duque de Milán,
que viendo el prodigio grande,
mandó recoger la barca,
donde hallando al joven, hace,
que reparen su fortuna,
y luego à la corte marchen;
y asi que estuvo en la corte,
que à su presencia la traen,
la pregunta, que quién era?
de qué patria, ò de qué parte?
y con cautela Rosaura
le dice razones tales:
yo, señor, soy español
de Barcelona la grande,
mi padre era capitan
que gobernaba una nave,
à Irlanda ibamos, y en medio
de aquesos salóbres mares
se levantó una borrasca,
y entre fieros uracanes
todos perdieron las vidas,
menos yo, que las piedades
de los cielos en el bote
quisieron que me escapáse.
Y aficionado à su gracia,
le mandó que se quedase
en su servicio unos dias
por su secretario ò page.
Quedóse, y en poco tiempo
ganó su gracia constante,
tanto, que de sus secretos
era el archivo agradable.
Un dia que estaban solos
le dixo el Duque: muy grande
fue la amistad, que en Irlanda
tuve con el Conde afable
de Barcelona, y despues
de amor un estraño lance
nuestra amistad dividió,
bien que estuvo de mi parte
la cautela y el engaño,
que aun hasta oy no se sabe.
Contóle en fin à Rosaura
con razones muy cabales,
como gozó à la Princesa
la noche que dixe antes,
fingiendo de que era el Conde,
y que le dió aquel diamante.
Alabóselo Rosaura,
y él se lo ofreció galante;
to-

Col. Ign. Pl

tomó Rosaura el anillo
muy gustosa en esta parte;
y dentro de pocos dias
fingió carta de su madre,
en que le embia à llamar:
pidió licencia al instante,
y aunque el Duque lo sintió,
no fue posible negarle.
Se embarcó: donde la dexo,
por decir que el Almirante,
teniendo la infausta nueva,
mandó prevenir sus naves,
y en fin con treinta mil hombres
à Irlanda partió à vengarse.
Temió Irlanda su poder,
y luego al punto dió parte
el Rey Casimiro al Duque
de Milán, que le ayudase.
Vino el Duque, y convinieron
en que al Conde le entregasen
à Filisberto su hijo,
que es general que trae
esta poderosa armada
por orden del Almirante.
Recogen en fin al Conde,
que anda por aquellas calles
loco perdido, y le entregan,
diciendo, que él solo pague,
por ser él solo la causa
de tan crecidos pesares.
Metieron al pobre Conde
entre prisiones muy grandes:
en este tiempo Rosaura
llegó à Barcelona, y sabe
de la armada la partida,
y marchó à Irlanda al instante.
Llegó al campo de su hijo,
y una esquadra vigilante,
discurriendo que era espía,
la prendieron al instante.
Metieronla con el Conde,
y quando vido en la cárcel
entre hierros y prisiones
y entre tan grandes pesares
al dueño que su alma adora,
hechos sus ojos dos mares,
le hechó los brazos al cuello,
y se descubrió al instante.
Los guardas à Filisberto
dieron de este caso parte,
el qual vino luego al punto,
y conociendo à su madre,
entre abrazos y entre llantos
celebran sus glorias grandes.
Mandó Rosaura que al punto
al Rey de Irlanda llamasen
y al gran Duque de Milán,
porque conviene à las paces.
Vinieron el Rey y el Duque,
y ya Rosaura en su trage
descubrió toda la historia,
estando el Duque delante
y la Princesa tambien,
que conociendo el diamante,
supo de cierto el engaño;
y el Duque en todo constante,
dándole mano de esposo,
satisfizo à sus pesares.
El Conde cobró el juicio,
y entre alegrias muy grandes
fue Filisberto el padrino
de este desposorio grande.
De todos estos sucesos
dan noticia al Almirante,
el qual gustoso embió
parabienes de su parte;
y con muy ricos presentes
Rosaura y el Conde parten
con su hijo Filisberto
à Barcelona, y tan grandes
à su entrada son las fiestas,
que en los escritos no caben.
Y ahora pide el Poeta
perdon de sus yerros grandes.

VALENCIA: *Por la Hija de Agustin Laborda, en la Bolseria, núm.* 18.